

Cuento

El Arrullo de mi abuela en Bocaquiusa

Por

Juana Manuela González Obando

Especial para La Moviola

La visitaba de niña en un pueblo pequeño, lejos de casa pero en mi hogar. De camino a sus brazos, como un Trencito del Oeste, el temor de alejarme de mamá permanecía pero la alegría de llegar a ella me invadía. La veía, la sentía, la olía y entre risas ella inventaba mi sonrisa.

Mi vieja, que de vieja poco tuvo y alma joven mantuvo, contaba historias y cantaba al cielo para hacerme brincar, danzar, gritar. Mi emoción era la suya y mis alegrías solo ella las sentía. Vaya, vaya, abuela, paloma libre y mariposa revoltosa, de saber que tu lucha existía para parir a la mía, habría brincado, danzado y gritado más de lo que se me permitía. Vaya, vaya, abuela, mujer gloriosa y diosa poderosa, de saber que mis cantos podrías escucharlos desde lejos, habría inventado, imaginado y escarbado más antes de volvernos viejos.

Cuando hacía frío se escuchaba la voz de dios: los zarcillos de mi vieja tronando al compás de sus pasos, acercándose a mí para tomarme entre sus brazos y preparándose para sus cuentos. Johnny Cartucho esta vez no se salvaría, pero el Viejo Oeste esperaba de nuevo por nosotras y Los Indios Pirulines nos recibirían entre danzas y cantares celestiales. Johnny Cowboy durmió mil veces a manos de mi vieja, pero mientras él dormía yo vivía, y eso para ella era suficiente.

La voz de dios me hacía cosquillas y mi risa se estampaba en sus pupilas, los colibríes nunca dejaban de silbar y el aroma a madera de mi vieja se confundía entre las pestes del oeste que mi ligera cabecita alcanzaban a imaginar.

El chocolatito caliente no faltaba en la mesa, mientras nuestras historias y cantos resoplaban en un cielo de papel ella me dejaba palpar sus manos de relieve, creo que la suavidad de las mías no llegó a asemejarse nunca a la suavidad de las suyas. El brillo de mis alegrías no era sino el reflejo de las suyas. No recuerdo haber podido cobrar el sueño sin haber sentido con los dedos de mis pies sus cabellos locos y revoltosos, escuchando La Sinfonía Inconclusa en la Mar mientras sus caricias se abalanzaban sobre mi espalda.

Los violones, las arpas y los clarinetes jugaban en mi mente esperando a que yo despertara para comenzar de nuevo la función, al abrir los ojos mi vieja ya preparaba su batuta y con su camisa a cuadros limpiaba mi nariz, me besaba la frente, me guiñaba con sus pestañas juguetonas y La Canción de la Abuela sonaba de nuevo con euforia y amor. Leía los diarios de porquería sólo para conocer de lo que no debía hablarme, tejía sus molas con mujeres de lucha que también contaban cuentos y amamantaban a sus hijos como fieles mamíferas. Johnny Cowboy no se comparaba con las guerreras que ella tejía con pasión y sin pudor, recorría los montes, los bares, las calles y los matines con sus agujas y sus uñas bañadas en lucha.

Pasaban los locos, pasaban los cuerdos, pasaba el abuelo en alpargatas llorando a lo lejos, pasaba la vieja coqueta, el cartero en bicicleta, el jubilado y el poeta, pasaba la prostituta y la hermana Carmenza agarradas de la mano queriendo andar en pantaletas. La gente pasaba, pasaba y pasaba pero para mi vieja solo existía yo, y para mí solo existía ella.

Después me tejía muñecas de trapo, cabezonas y pesadas, mulatas, mestizas, amarillas, voluptuosas o delgadas. Me hablaba del amor y del respeto, de vivir la vida como bailando pachanga o tocando flauta, y eso sí, de no confundir la pachanga con la charanga.

Recuerdo a Madeira, la indecente e ingrata muñeca de trapo que dejó a su marido buscando otras tierras, con las tetas al aire y las piernas peludas. Madeira, el amor de amores de los bandidos y alcohólicos, de las cenicientas de esquina, de los literatos de bares y los pintores de vitrina. Mi vieja tejió a Madeira, a una de las mejores, una de las guerreras y poetas. Una de las que como ella sólo anhelaba volar y bailar, revoltosa, libre y loca. Madeira escupía en la cara de los injustos y aclamaba las luchas de los rebeldes, olía a demonio y movía sus caderas al son de un mambo, su cuerpo era glorioso y sus ojos preciosos. ¡Ay! Vieja mía, mi vieja, ahora comprendo porqué Madeira era tu Venus y tú eras la de ella.

Las cumbias resoplaban en el vientre de la abuela, ponía mis pies sobre los suyos y bailábamos sin prestar atención a los gatos melancólicos que visitaban su jardín. Dos, tres compases, la risa, el sudor, hasta mis mocos en sus camisones, sus rizos riendo y su alma cantando. Lo único que nos detenía era el dolor de barriga que provocaba la risa y nos explayábamos en su tapete para jugar con las hormigas que se colaban entre nuestros dedos.

Cuando se asomaba el ocaso paseábamos por las montañas, sus faldones olían a flores y las ramas de los árboles aplaudían al verla llegar. Nos sentábamos en el pasto y me ponía entre sus brazos para tararearme algún bolero o mambo que invocara al desamor, la vieja entre sus tristezas creaba mi felicidad. Mientras cantábamos juntas los borrachos del pueblo tiraban besos, era fácil enamorarse de la vieja si de bailar milongas sin los pies se quería. Me recordaba incansablemente a los niños del pueblo que con alpargatas rotas y sucias iban a la escuela, me recordaba a los viejos sin alma que perdían anhelos en los bares, a las madres que ordeñaban vacas y lloraban a escondidas para enseñar a sus hijos a amar, me pedía que no olvidara nunca las luchas sin voz, las penas vividas entre risas, los desengaños y las pasiones ingratas. Me enseñaba a vivir y amar sin olvidar que para lograr envejecer sólo hace falta renacer.

Yo escuchaba sus historias y le limpiaba las lágrimas cuando hablaba, era cuestión de redención sentirnos cerca y aliviar las penas. La abuela hablaba y hablaba y creaba mundos distintos con la palabra, estoy segura de que las sinapsis de mis neuronas se mecían lentamente y esperaban con anhelo el sonido de su voz, para hacerlas entrar por mis oídos e impregnarlas en mi corazón.

Volvíamos a casa a tiempo para escuchar las campanas de viento que colgaban tras las puertas, y cuando tardábamos, la brisa esperaba nuestra llegada para recibirnos con melodías diferentes cada día. La abuela tenía un pacto inquebrantable con la naturaleza; si ella me acogía a mí, la abuela la acogería a ella. Sin duda alguna la más beneficiada era la madre tierra.

Mientras andábamos descalzas con tierra entre los dedos íbamos preparando juntas la cena, las hormigas llevaban el pan a la mesa y los sapos que se asomaban por las ventanas se deleitaban con el chocolatito caliente que nunca faltaba. Era sagrado dar gracias, compartir con bondad, reír al cenar, olvidar las penas y traer a la mesa las alegrías.

Luego invocábamos de nuevo al viejo Johnny Cowboy para comenzar la travesía, poníamos nombres a las muñecas de trapo y hacíamos muecas frente a los espejos con

forma de astros que colgaban en las paredes. Sentíamos cómo se acercaban de nuevo las aventuras y recorríamos caminos dudosos, la fantasía a fin de cuentas estaba en nuestras manos y cuando la creábamos ella no refutaba, sólo enardecía. Gracias a la abuela por crear infinitos universos sin martillo ni cincel. Caíamos en el tapete y allí terminábamos dormidas, una noche más cada día sintiendo la plenitud de la humanidad en sus brazos. Juro que a su lado yo no dormía sino que resurgía.

Así terminaban los días y sin caer en cuenta de los años la abuela desvanecía, tantas luchas y relatos entre los dedos le mostraban la vejez y la necesidad de la vida por irse cuando le viniera la gana.

Y así la mujer más linda se perdía entre las voces y las risas, entre los recuerdos que dejó en la memoria y las enseñanzas puras que guían el camino. Así, entre la sensatez y la piedad, se iba marchando para aventurarse por la carrilera alterna y desmentir las llegadas al cielo. Así deseaba que mi travesía estuviera llena de visiones y pasiones, me guiaba para hacer de mí una mujer genuina, honesta y libre. Así me ayudaba a reconocer temprano las verdaderas cosas importantes de la vida y a vivir sin afanes pero con convicciones. Así se iba alejando y tomando chicha, cantando alto y recordando las boinas que alguna vez tallaron razones y lucha en su memoria. Así las tarariras se le enredaban en los pies y le recordaban que su función aún no terminaba, tomaba la batuta y preparaba a la orquesta para comenzar el rumbón.

Así el viento la llevó lento alzando el vuelo del colibrí, se fue sin afán pero con anhelos y quedó en cada idea, sonrisa y lucha que a mí me queda por vivir. Perdió la batalla con la furia de la vida por irse lejos y nadar en el mar, y ahora debe seguir en la guerra contra el desamor que siempre quiso vivir. Acá en la orbe me dejó a mí, para que los Indios Pirulines y Madeira me recordaran en vida lo necesario para alcanzarla luego a ella, y para que los ojos de los niños, los locos y los viejos hicieran de mí lo que no podrían hacer las lenguas de los codiciosos inquietos.

Su última noche le dije adiós sin hablar y ella me miró a los ojos con complicidad, cuando los cerró supe que su boca no cantarían más y que sería mi turno para organizar a la orquesta. Ahora yo acariciaba sus cabellos para que ella por fin pudiera dormir. Sonrió y lloró, y así se marchó. De seguro va en el Trencito del Oeste con su abuela y se prepara para los días de Pachanga y abuelas en faldas que aman, cantan y bailan.

*Para ti, abuela.
Para que cuando te pregunten quién es la mujer más linda tú solo digas que se llama Tina, Tina, Tina, Tina.*





Space Oddity 2. Fotografia Laura D Herrera